

TERRITORIO, IDENTIDADES Y MEDIO AMBIENTE. LOS NUEVOS CONTEXTOS DEL DESARROLLO RURAL

RUFINO ACOSTA NARANJO

En Red de Desarrollo rural de Extremadura. 2007. **15 años de Desarrollo rural en
Extremadura. Redes. Mérida.**

Hablar de desarrollo rural es hablar de una realidad compleja y dinámica, en la estela de la transformación acelerada que es propia del momento histórico en que vivimos. De una década a otra se cambia el concepto de desarrollo, que ya no es contemplando sólo como crecimiento económico, ni se maneja ya escala nacional o regional, sino que se habla desarrollo local, de pequeños territorios, de sostenibilidad, etc.. El mundo rural tampoco se puede definir ahora por una cultura campesina o por una actividad meramente agraria y en él aparecen nuevos actores económicos y sociales que pueden ser pieza fundamental del nuevo tiempo. La identidad, o la identificación, de quienes habitan pueblos y campos es un fenómeno de perfiles y contenidos cambiantes y los propios territorios se transforman y reconfiguran en nuevas realidades geográficas y políticas. Igualmente es distinta la consideración que el campo y el pueblo tienen a ojos de las ciudades, y novedoso lo que de ellos demandan. Situarnos en esta complejidad, entenderla en sus diferentes aspectos, es un requisito para gestionarla y buscar el encaje de realidades que, en muchos casos, aun siendo aparentemente contradictorias pueden estar conducidas por procesos de fondo similares y son susceptibles de ser gobernadas en la búsqueda de su confluencia para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos del mundo rural. Por tanto, enmarcándola en el contexto de la globalización y de la sociedad informacional, abordaremos en las páginas que siguen la nueva realidad del medio rural de cara al desarrollo, teniendo como principales centros de interés las actuales motivaciones y referentes de la identidad local, los nuevos territorios comarcales y la importancia que el medio ambiente, los agroecosistemas locales y la biodiversidad tienen tanto para el desarrollo como para las identidades del mundo rural.

El lugar como proyecto. Lo global y lo local.

Parece ser signo de los tiempos la pérdida de centralidad de la vinculación de las gentes con los lugares como consecuencia del proceso de transnacionalización, globalización y desarrollo de la llamada Economía Informacional Global, en que el cosmopolitismo, los viajes, el nomadismo, los espacios virtuales son elementos fundamentales. Es por ello que los distintos teóricos del tema se plantean modelos abstractivos del espacio-tiempo. Así, Manuel Castells (1996) postula que estamos en la era del tiempo intemporal y del espacio de los flujos, frente al espacio de los lugares. Giddens lo enuncia en términos de tiempo vacío y de desanclaje del territorio, llegando a referirse al lugar como una fantasmagoría. Marc Augé nos habla de los no-lugares como hecho caracterizador de la sobremodernidad. Martín Barbero usa el término desterritorialización (Cruces, 2003).

Desde la antropología, se da cuenta en los debates del desbordamiento de la referencia cerrada al lugar como elemento que contiene las culturas. Éstos, la experiencia local y las identidades se nos muestran como construcciones históricas, creadas por la circulación del capital y la información, por los sistemas expertos y los medios (Escobar, 2000). Y es un hecho que las culturas sean cada vez menos realidades autocontenidas, cerradas, y se conformen y reconfiguren sobre la base de las interrelaciones, las influencias de poderosos y amplios sistemas y redes de comunicación, en ámbitos a veces virtuales, abstractos y desterritorializados, que estemos cada vez más ante culturas híbridas (García Canclini, 2001).

Sin embargo, los procesos relativos a la periferización del lugar, a su pérdida de importancia, tienen su límite, y los planteamientos teóricos que lo enfatizan se topan también con su réplica. Todo proceso y toda experiencia social terminan remitiendo al fin a una base territorial, la gente sigue viviendo y sintiendo en lugares, y la gente del medio rural vive, siente, y también sufre, esa realidad de lo local como ninguna otra. Como sostiene Arturo Escobar (2000): *“...el lugar, -como la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento, linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija- continúa siendo importante en la vida de la mayoría de las personas, quizás para todas. Existe un sentimiento de pertenencia que es más grande de lo queremos admitir”*.

Cruces (Cruces, 2003) insiste con Hannerz en la importancia de lo presencial, de las interacciones cara a cara y las vinculaciones personales, en cómo la cultura global circula finalmente a través de vínculos y redes de relaciones personales de gentes que van y vienen de su localidad.

Así pues, en este contexto de dinamicidad y reestructuración permanente, lo local se plantea como una realidad viva y también como una apuesta, como un proyecto, como una propuesta alternativa de desarrollo sostenible a partir de los recursos, la experiencia, los modelos específicos de naturaleza, el conocimiento, el saber hacer, la memoria colectiva y la identidad. Hay quien lo plantea como un proceso de resistencia, incluso política, frente a los espacios de los flujos, del Estado y el capital, opuestos al trabajo, a la experiencia y a la vida. En la sociedad red puede plantearse una apuesta de redes de lugares, permitiendo el movimiento, el viaje, la interconexión, la presencia en espacios virtuales, desterritorializados si se quiere, pero desde lo local y sin desechar el enraizamiento, los linderos y la pertenencia (Escobar, 2000). La conexión es posible a partir de la hibridación cultural, del encuentro de prácticas e ideas surgidas en distintos territorios y culturas, que no son receptoras pasivas de procesos de transnacionalización, sino que de manera activa metabolizan, recrean, construyen y configuran comportamientos e ideas. Es una manera de repensar la globalización. Parodiando a Donna Haraway (1995), y quizás malversando su intención, el híbrido es nuestra ontología, pero nos otorga nuestra política.

No se puede pensar, o al menos nosotros no la pensamos, la globalización como un hecho, como un proceso irreversible y en una sola dirección. Si el despliegue de la Economía Informacional Global ha tenido y está teniendo consecuencias devastadoras en cuanto a fenómenos de homogenización y dominación, no es menos cierto que el futuro tiene más imaginación que los profetas, y aceptar esa definición de la realidad, dar por hecho un proceso así es contribuir a la realización una profecía autocumplida. En el caso paradigmático de la nueva era, internet, vemos a su vez la característica de Jano moderno que presenta desde sus inicios, como un proyecto por un lado de control militarista del mundo pero a su vez como un diseño libertario de jóvenes del 68. Tiene por tanto un potencial tanto dominador como liberador, susceptible de usos integristas y retraditionalizadores o reaccionarios, pero también como de fuente continua de innovación y creación cultural, de resistencia alternativa. En ello, la revitalización, hibridante y compleja, de lo local es una posibilidad que estamos obligados a explorar.

En este contexto tan complicado, la reivindicación de los recursos, los saberes, los procesos de trabajo y la cultura local es un proyecto de escala planetaria, como garantía de diversidad y vida sostenible para todos sus habitantes, a la vez que una estrategia de desarrollo económico y de pervivencia de las culturas y las identidades en cada localidad concreta. Y la identidad es a su vez un catalizador de iniciativas comunes y un principio activo de legitimación de la acción social colectiva para el desarrollo.

Las identidades

Castells plantea la identidad como uno de los asuntos de mayor relevancia en la era de la información, y habla del poder de la identidad. Él la define como “...*el proceso mediante el cual un actor social se reconoce a sí mismo y construye el significado en virtud, sobre todo, de un atributo o conjunto de atributos culturales determinados, con la exclusión de una referencia más amplia a otras estructuras sociales.*” (Castells, 1996:48). Plantea el autor que hoy en día, ante la sensación de cambio incontrolado, ante el desbordamiento en todos los ámbitos que ha impulsado el desarrollo de las nuevas tecnologías, ante la pérdida de antiguos referentes comunitarios, políticos e ideológicos, ante la transnacionalización, las gentes buscan el agrupamiento simbólico y recurren al amparo que les otorgan identidades primarias: religiosas, étnicas, territoriales o nacionales. La búsqueda de la identidad, personal o colectiva, aparece como una necesidad compulsiva para dotar de significado a los individuos y los colectivos, para reordenar el sentido de la experiencia. Y como respuesta al proceso de globalización, de desconcierto por los vertiginosos cambios, por la sensación de pérdida de referentes, por la necesidad creciente de recuperar la proximidad perdida, cada día más asistimos a fenómenos de reivindicación de lo local, con fuerte apoyo en sus señas de identificación, muchas de ellas de nuevo cuño, como invenciones, recuperaciones o resignificaciones, a veces a través de espacios virtuales, que crean comunidades en parte virtuales también.

En España asistimos además a un proceso de rebrote o creación de identidades con la conquista de la democracia y el vigor de los gobiernos locales y autonómicos, y a un debate sobre las identidades de los territorios que conforman la nación que llega a ser agotador. En el caso concreto de Extremadura, a esa pulsión de identificación y reconocimiento se une el vidrioso asunto de la definición del modelo territorial del país,

la identidad nacional y la propia de sus distintos pueblos. Pero ese debate no irrumpe en Extremadura de manera dramática y conflictiva. Por aquí no andamos enzarzados en conflictos sobre la condición de españoles de los extremeños ni cosas por el estilo, sobre una identidad extremeña opuesta a España.

De todos modos, la llegada de la democracia, la conformación del sistema autonómico, el renacer y reconocimiento de las singularidades regionales, los fenómenos de mimetismo, los agravios comparativos, etc., han traído como consecuencia un énfasis en los rasgos diferenciales, una preocupación por buscar referentes simbólicos para cada uno de los territorios de España, como una necesidad inevitable en parte para cimentar empeños comunes de una sociedad, pero también como un esfuerzo agónico por cubrir supuestas carencias identitarias. Veces hay en que se nos presenta como una manera de cargarse de fuerza argumental y capacidad de presión política en demandas particulares. A más identidad, historia o hechos diferenciales, más competencias, derechos o privilegios.

Ante todo esto, lo más sensato es huir de esencialismo y excesos. Las identidades son en cualquier caso construidas e imputadas por los propios actores sociales que las perciben como reales. Mi apuesta es por un tipo de autoidentificación de los extremeños a través de referentes civilmente sensatos, como elementos aglutinantes de una ilusión y un esfuerzo colectivo por el progreso social y la convivencia de los ciudadanos de un territorio que disfruta de unas instituciones regionales de autogobierno. Este planteamiento pragmático, que huye del maximalismo y la grandilocuencia, puede cubrir las necesidades de identificación a esta escala y contribuir a salvar los problemas de autoestima y presentación social ante los demás territorios que tanto padece nuestra tierra. En este proceso de debate para reconocernos críticamente ante signos e imágenes compartidas podemos empezar a superar los estigmas que históricamente nos han lastrado y que en parte se reactivan cada cierto tiempo.

Se trata por tanto de plantearnos y discutir nuestra percepción, nuestra imagen ante nosotros y ante los demás, para reforzar nuestra posición sabiendo de dónde partimos a la hora de entrar en la danza de la globalización, la era informacional y la sociedad red, en la que por fuerza, además, habremos de ir reconfigurándonos e hibridándonos como individuos y como colectivos.

Pero pasando a una escala menor, dentro de Extremadura, como en cualquier otro lugar de España, las identidades locales muestran una efervescencia tremenda en este

inicio de milenio, y eso lo sabemos bien en muchos pueblos de la región, con una intensidad a veces agónica, pero siempre síntoma de un proceso. La fiesta como matriz de articulación de hechos y símbolos en un dimensión expresiva se convierte así en el medio preferente de formulación y manifestación de los procesos identitarios, y a veces parece ser la única forma de acción social colectiva, detrayendo gran cantidad de recursos y energías de todo tipo en detrimento de otras formas de organización y canalización de esfuerzos y proyectos comunes. Más allá de la pura patrimonialización y simbolismo, buscar otros elementos, expresivos pero también instrumentales, resulta cada vez más necesario si se quiere garantizar la existencia futura de todo un territorio, mediante la movilización de la sociedad y sus agentes. Y hay que encontrarlos para que no todo quede en expresividad, voluntad de ser, pervivir y mostrarse ante los otros. Las identidades y los territorios se sostienen sobre bases de trabajo y beneficio económico o no se soportan. Pero a su vez, la identidad, y la autoestima de los colectivos, la valoración de la memoria y los logros en el manejo de los recursos, en los procesos de trabajo, son un elemento importante para desatar y mantener procesos de desarrollo vinculados al medio y a su conservación en el tiempo, como demostraron el saber y la práctica local.

En la construcción de las identidades locales un aspecto importante, un marcador de la misma, es la memoria colectiva. Y la del medio rural tiene su base fundamental en la relación secular de las gentes con la tierra a través de los procesos de trabajo, de la creación de paisajes culturales, de agroecosistemas, del conocimiento y el manejo de los mismos.

Ahora bien, para conseguir esos referentes comunes de identificación y articulación de la sociedad, nos encontramos con un problema bastante relevante. En efecto, en muchas comarcas extremeñas podemos ver reflejado el hecho de que Extremadura ha sido históricamente una sociedad agraria no integrada, con unos enormes abismos sociales inducidos por el latifundismo. Resulta por tanto difícil buscar referentes comunes en la historia que puedan sustraerse al conflicto social históricamente generado. Si dichos referentes se descontextualizan de ese marco social, si se liofilizan políticamente, se falsean, para servir seguramente a los intereses de los grupos dominantes. Si por el contrario se reactivan en su dimensión histórico-conflictivista, muy probablemente no sean asumidos por una parte relevante de los actores sociales actuales, no sirvan como referente de todos.

Es un asunto que hay que resolver para poder seguir adelante porque, en cualquier caso, reivindicar el patrimonio ecológico agrícola, recrearlo, ponerlo en valor y darlo a conocer en los contextos locales y globales es hacer y rehacer el mundo local y su identidad. La memoria colectiva es un referente esencial, de recuperación de la autoestima para el trabajo conjunto pero también para la visibilización de los grandes logros históricos colectivos, de contextualización y entendimiento del patrimonio. En la valoración de esos logros, en el interés actual que tienen para los propios del lugar y para la sociedad mayor podemos encontrar elementos de valoración del territorio y sus actividades productivas, de presentación ante la sociedad global desde el enraizamiento y el saber hacer propio.

Una potente realidad del medio rural: Las comarcas

Si las culturas se rehacen, se reconfiguran a partir de parámetros esencialmente de interconexión con flujos transnacionalizados, con mensajes o contenidos de procedencia muy diversa, también el territorio, y con él las identidades, están en pleno proceso de reconfiguración, que no afecta solo las regiones y a los pueblos, sino a otras entidades territoriales intermedias y de gran interés. En efecto, lo local se inserta en categorías territoriales más amplias, cual es el caso de las comarcas, como una manera de superar las limitaciones, demográficas, institucionales y de recursos que los pueblos tienen para insertarse en el mundo y para poder ofrecer servicios a sus habitantes. Surgen así, de manera bastante forzada a veces, entidades de ámbito comarcal como Mancomunidades, Grupos de Acción Local, asociaciones de diverso tipo, que buscarán a la sazón alguna suerte de respaldo identitario para ese nuevo territorio emergido (Acosta et al, 2001:12). Por esa fuerte vinculación con el territorio y los recursos, por la posibilidad, y la realidad, de interacciones personales y cara a cara en estos ámbitos, no podemos dejar de considerarlas dentro del concepto de lo local.

Además, las identidades locales no son contradictorias con esas otras identificaciones supralocales, por ejemplo las comarcales. Eso es más que evidente en los territorios de Extremadura en que históricamente ha existido una conciencia y una imagen interior y exterior de comarca. Por no caer en posibles agravios no voy a nombrar ninguna de ellas, pero en la mente de todos, y en algunos mapas de antaño, podemos hallarlas.

Hoy en día, por ese proceso de reconfiguración territorial, el fenómeno comarcal está en un momento crítico. En otros lugares de España la comarca, y los procesos de comarcalización, han sido un elemento pujante y polémico, con diferencias según los lugares, pero con los problemas de toda tectónica de placas en tiempos de convulsión. A ellos no es ajena Extremadura que, al igual que Andalucía, no acaba de encontrar consenso entre los pueblos, fundamentalmente entre los que aspiran a ser capital comarcal, para esta nueva ordenación del territorio. Pero si las iniciativas de planificación de los gobiernos regionales se embarrancan, la necesidad de organizarse para la prestación de servicios o el acceso a recursos de todo tipo hace que, desde abajo, los municipios busquen su unión, como vemos con las Mancomunidades y las agrupaciones de desarrollo LEADER y PRODER, ámbitos que a su vez, pueden entrar en conflicto.

Como decimos, estos nuevos territorios emergidos tras la sacudida de los nuevos tiempos han de buscar referentes comunes que los unan y los legitimen, y buscan en la historia momentos que los identifiquen en una unidad espacial, más allá a veces de la querencia de las gentes, para las que las nuevas fronteras, aunque leves, son bastante ilusorias y poco sentidas, pues sus inercias van quizás hacia otras vecindades. En cualquier caso, una nueva realidad se ha creado, es pujante, tiene sus valedores y sus estructuras, hay actores sociales, a veces ya organizados, que apuestan por ellas y ven sus resultados. También desde fuera son ya percibidas como tales, lo que refuerza o reconfigura la percepción desde dentro, las dota de imagen e identidad, y se legitima así la iniciativa de los que las promueven. Se buscan rasgos e iconos de referencia, capital simbólico común para la nueva comarca, se inventa también la tradición o se redescubre lo postergado, se revaloriza lo denigrado.

Aunque las fiestas tienen un gran potencial para identificar a una comunidad local, no son el elemento que pueda servir como aglutinante para escalas comarcales, pues una fiesta de propia de una localidad particular, y las demás no la toman como elemento sentido y común. Surgen nuevas fiestas, pero locales. Bien es verdad que los eventos de ámbito supralocal, de comarcas, mancomunidades o de territorios LEADER O PRODER, que se celebran de manera rotatoria en distintos pueblos son cada vez más frecuentes y sirven para reforzar o crear la idea de comarca, de ámbito común de diferentes sitios. Los hechos históricos, las antiguas delimitaciones de otras épocas, también pueden dar nombre, de manera también algo forzada, a la nueva realidad territorial que se pretende. Pero resulta difícil encontrar hechos diferenciales, fronteras

evidentes, puertas del campo, para ámbitos a veces tan nuevos. Por la experiencia que tenemos en el caso del proyecto **La memoria colectiva de Tentudía**, más que buscar hechos que nos separen artificialmente de otros lugares vecinos con los que tanto se ha compartido, lo verdaderamente interesante y fructífero es ahondar en la memoria de la tierra para ver qué une, qué conmueve a los que son de pueblos que ahora, por mor de los tiempos, se enmarcan juntos en una nueva empresa, en una ilusión por el futuro y el desarrollo, por hacerse visibles en el nuevo escenario global, ya que solos quizás no podrían lograrlo.

A partir de esa experiencia ya asentada de trabajar en la memoria colectiva, y sin entrar en la dimensión del patrimonio y la historia, yo quiero apuntar algunas cuestiones sobre la importancia que el medio ambiente, los agroecosistemas locales y la biodiversidad tienen para la revalorización de las comarcas y las iniciativas de desarrollo, y para su identidad, teniendo siempre en la cabeza el trabajo emblemático llevado a cabo por el Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía en los proyectos **Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía** y **De Semillas**, sobre recuperación de variedades cultivadas locales, de los que se da cuenta en otro capítulo de este mismo libro.

Desarrollo, medio ambiente e identidad local. Los agroecosistemas y la biodiversidad local como punto de encuentro.

Estamos en un momento en que se redefine, en términos de Hervieu (1996), un nuevo contrato social con el campo, pues las demandas que se hacen al mundo rural cambian, y son también cambiantes las necesidades de ese medio, las reclamaciones a la sociedad mayor. Es una manera de equilibrar la balanza entre globalización de lo local y localización de lo global, que a su vez puede ser resignificado. Es precisamente esa reconsideración y revalorización de lo rural por los ámbitos urbanos la que en parte ha tenido que ver con el desarrollo de la iniciativa LEADER, que se ha evaluado oficialmente como exitosa. Entre otras cosas, es esa relación entre el medio rural y las ciudades la que hace que no pueda ser trasplantada sin más a países donde no se da esa nueva consideración del campo y el pueblo. Insistimos en que todo ello tiene a su vez la virtualidad de la recuperación de la autoestima de las comunidades rurales, que aun no se han repuesto de la crisis social provocada por el violento proceso de modernización, y son muy vulnerables ante el nuevo fenómeno de globalización.

En este contexto, nos resulta de especial interés abordar el asunto del medio ambiente y de las comunidades rurales como una oportunidad en la nueva era. Como sabemos, las culturas rurales, los distintos colectivos en el mundo, aun siendo avasallados por procesos de magnitud y fuerza desbordantes, alguna capacidad de reacción y resistencia tienen. Existe de hecho cierta creatividad para modular, para negociar las condiciones de imposición de los modelos hegemónicos. Las culturas se hibridan, los territorios se reconfiguran, así como se rehacen. las prácticas productivas y los discursos sociales

En este sentido, el medio ambiente se plantea como un nuevo campo social, una nueva arena política. Habida cuenta del proceso de biodevastación galopante, ante la emergencia de movimientos sociales de corte ambientalista, la cuestión ambiental es parte innegable de las agendas políticas y ámbito de confrontación de los agentes sociales. El medio rural, sobre todo las áreas que han devenido periféricas, se convierten en objeto de deseo, en candidatas a santuarios de una naturaleza. Pero esa naturaleza que se nos muestra como real no es más que la destilación de una cultura en un momento histórico concreto, un artefacto que nos revela su condición de colonia del hombre blanco, que destruye aquello que desea en el proceso de su búsqueda (Descola y Pálsson, 2001; Ellen y Fukui, 1996; Mies, 1993). Ya no se demanda tanto producciones agrícolas cuanto servicios ambientales, se prefiere que los agricultores sean jardineros de la naturaleza. En torno a estos espacios protegidos y a sus moradores se crean imaginarios con una evidente dimensión de otredad y alocronía, de exotismo (Heatherintong, 2001). Es en esa línea que aparece el indígena o el campesino de antaño como indio ecológico, según Calavia (2006) como una suerte de espejo en el que vernos vestidos con los ropajes del personaje que quisiéramos ser.

De todos son conocidos los problemas que la conservación del medio plantea, de los desencuentros, tanto en la mente como en los hechos, entre los ambientalistas y los agricultores. Para las zonas periféricas se crea un discurso de sostenibilidad, se delega en ellas la responsabilidad tremenda de la supervivencia del entorno, que de manera hipócrita no se puede o no se quiere imponer en el centro del sistema, en el sistema en su conjunto, en gran parte mediante la limitación en el acceso y uso de los recursos (Calavia, 2006). En este modelo, la conservación de la biodiversidad espera aceptación pasiva, es conservación versus explotación, y se consigue con prohibición. La conservación compulsiva tiene como figura arquetípica al biólogo autoritario (Neuman, 2002).

Es en este contexto en el que hay que ubicar proyectos **Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía**. Respecto al primero, se estudió y divulgó el conocimiento y el manejo de los agroecosistemas de la comarca, poniendo de manifiesto la gran obra de ingeniería agronómica que han sido y son actualmente. De los manejos tradicionales se pueden extraer enseñanzas para una gestión sostenible en la actualidad, ante el fracaso de la agricultura modernizada para conseguir esos fines. Igualmente, ese puesta en valor se hace para dar a conocer en la propia zona el patrimonio natural y cultural que suponen esos agroecosistemas y la importancia que el trabajo de las gentes, el manejo del medio, han tenido a la hora de conformar la cultura y la historia de esas tierras. La experiencia común en el trabajo en los campos ha sido la base de esa sociedad, y en ello están gran parte de sus referentes, o posibles referentes identitarios.

Por lo que refiere al proyecto **De semillas**, se hace desde la certeza de que, entre otras cosas, la recuperación de las variedades cultivadas locales es un importante filón para el desarrollo de las comarcas. En efecto, con la conservación de la biodiversidad cultivada *in situ* las cosas son afortunadamente distintas a lo que sucede con la biodiversidad silvestre. Como ya señalaron Orlove y Brush (1996), la biodiversidad cultivada no puede ser mantenida con políticas en negativo, mediante restricciones a los campesinos, sino todo lo contrario, necesitan de su implicación activa y en positivo. Ello les da, además, una posición de negociación, de fuerza, que no se da en otros casos.

En la línea de reformulación de los comportamientos, las culturas y los discursos que tienen lugar en el mundo contemporáneo, el ambientalismo ha pasado a ser parte del universo de los indígenas, los campesinos y los empresarios agrícolas. Son muchas las evidencias etnográficas de ello, desde Brasil a los grupos nualulu que estudió Roy Ellen (1998) en las antiguas colonias holandesas, del movimiento Chipko en la India a las organizaciones agrarias españolas (Martínez Alier, 1992; Garrido, 2002). Si, como dice Calavia, la naturaleza, el medio ambiente es moneda fuerte en las transacciones entre las comunidades locales y los entornos globales, en lo que refiere a las variedades locales lo es aun más, porque la clave de su mantenimiento está en el patrimonio genético, en el conocimiento, el manejo y la voluntad de los cultivadores, hecho que los revaloriza y hace fuertes, a la vez que prestigia su cultura y su localidad.

Si los servicios ecológicos, las externalidades ambientales positivas de los agroecosistemas campesinos, son un bien deseado pero no recompensado, entre otras cosas por la dificultad de atribución de derechos, responsabilidades etc., en la producción de variedades es más fácil la delimitación, y por tanto el sobreprecio a los

agricultores, por ejemplo. Pero no hay que descuidar que estamos también ante un proceso galopante de biopiratería, de robo de semillas por grandes corporaciones, que se apropian del material genético y de la historia cultural de las variedades, que expolían a sus creadores y mantenedores, sometiéndolos luego al vasallaje de la dependencia y de los derechos de propiedad (Posey, citado en Nazarea, 2003; Shiva, 2003).

Las comunidades rehacen su discurso, utilizan argumentos sensibles a sus interlocutores globales, institucionales y económicos, como es el caso del medio ambiente, pero al utilizarlo tienen que tener otra consideración sobre su conservación, tienen que mantener el referente material, real, resaltarlo, revalorizarlo (como sucede, por ejemplo, en los casos de la arquitectura o del paisaje). En la interacción con el exterior, incluso conflictiva, toman conciencia de sus activos. En su pugna ante las medidas ambientalistas también pueden asumir su discurso e intereses o parte de sus argumentos y recursos lógicos. El ambientalismo, como discurso transcultural si se quiere (Milton, 1993 y 1997), es una localización de lo global.

Como conclusión, queremos insistir en que la nueva dimensión ambientalista, la nueva función del medio rural para su desarrollo llega a un feliz encuentro con la importancia que para ese proceso de desarrollo tienen las identidades locales y sus referentes. En este sentido, hacer visible el logro histórico que han sido los agroecosistemas tradicionales y las variedades locales es una manera de poner de manifiesto el esfuerzo y la inteligencia colectiva de quienes los crearon y mantuvieron, de valorar la importancia que como comunidad, como civilización rural, han tenido los pueblos. Identificarse con ellos y compartir con los otros habitantes de los nuevos territorios esas identificaciones es sentar bases para la creación de capital social. Pero también es una manera de poner en valor los recursos locales, en la lógica de la valoración tanto de las externalidades ambientales como de los productos agrarios, ganaderos, forestales o cinegéticos locales, es una forma de reivindicar la centralidad social que para el país tienen los agricultores y, en general, la ciudadanía rural, los guardianes de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, R. AMAYA, S. y DÍAZ, A. L. 2001. **Los agroecosistemas tradicionales de la comarca de Tentudía. Volúmenes 1 y 2.** Centro de Desarrollo Comarca de Tentudía. Monesterio.
- CALAVIA, O. 2006. *El indio ecológico. Diálogos a través del espejo.* **Revista de Occidente**, n ° 298. pp.27-42. Madrid.
- CASTELLS, M. (1996). **La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol 1. La sociedad red.** Alianza Editorial. Madrid.
- CRUCES, F. 2003. *Etnografías sin final feliz. Sobre las condiciones de posibilidad del trabajo de campo urbano en contextos globalizados.* **Revista de Dialectología y Tradiciones Populares**, LVIII, 2. pp. 161-178. Madrid.
- DESCOLA, Ph. y PÁLSSON, G. (Coords.). 2001. **Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas.** Siglo XXI. México. pp. 11-33.
- ELLEN, R. F. 1998 **Forest knowledge, forest transformation: political contingency, historical ecology and the renegotiation of nature in central Seram.** <http://lucy.ukc.ac.uk/Rainforest/dalhou.html>.
- ELLEN, R y FUKUI, K. (eds.). 1996. **Redefining nature. Ecology, culture and domestication.** Berg. Oxford-Washington.
- ESCOBAR, A. 2000. *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. ¿Globalización o postdesarrollo?.* En E. Lander (comp). **La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.** CLACSO. Buenos Aires. pp.113-143.
- GARCÍA CANCLINI, N. 2001. **Culturas híbridas.** Paidós. Barcelona.
- HEATHERINGTON, T. 2001. *Ecology, alterity and resistanse in Sardinia.* **Social Anthropology**, vol 9, part 3. Leiden. pp. 289-306.
- HERVIEU, B. (1996). **Los campos del futuro.** MAPA. Madrid.
- MARTÍNEZ ALIER, J. 1992. **De la economía ecológica al ecologismo popular.** Icaria. Barcelona.
- MIES, M. 1993. *El dilema del hombre blanco: su búsqueda de lo que ha destruido.* En V. Shiva y M. Mies. **Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas.** Icaria. Barcelona. 197-238.
- MILTON, K. 1993 *Introduction: Environmentalism and anthropology.* En K. Milton (ed.) **Environmentalism. The View from Anthropology.** Routledge. Londres. pp. 1-17.
- NAZAREA, V. 1998. **Cultural memory and biodiversity.** The University of Arizona Press. Tucson.
- NEUMAN, R.P. 2002. **Imposing wilderness: struggles over livelihood and nature preservation in Africa.** University of California Press. Berkeley.
- ORLOVE, B.S. y BRUSH, S.B. 1996. *Anthropology and the conservation of biodiversity.* **Annual Review of Anthropology**, vol 26. pp. 329-352.
- SHIVA, V. 1993. **Monocultures of the Mind. Perspectives on Biodiversity and Biotechnology.** Zed Books. Londres.
- HARAWAY, D.F. 1995. **Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza.** Cátedra. Madrid.